



T0rtulias para afectarse: Conversaciones cordilleranas sobre encuentros y celebraciones como escenarios situados en la construcción de las teorías tortilleras

*Por Mar Vilchez Aruani, Camila Millán,
Azahar y Gian Ferrari Slukich*

Venimos acá como portadorxs de esta fábula. Una fábula no cristalizada, sino una que se hace a sí misma en este encuentro. Venimos como gesto de celebración. El motivo: habernos encontrado. A pesar de todo, habernos encontrado. Nuestro antecedente para esta conspiración son las t0rtulias:

Celebración para el encuentro y la conspiración lesbiano-travo-marica, en una casa que se hace célula de fricciones teórico-prácticas/político-afectivas, donde se conjuran lecturas, conversaciones, bebidas, alimentos, canciones y producciones. A quienes participamos, nos mueve el deseo de afectarnos en colectivo, poner en común, infectarnos y “romper el corazón del mundo”. (flores, 2018)

Las t0rtulias nos han encontrado. Desde que esa celebración nos afecta y conmueve, nos hemos propuesto explorar y narrar(nos) cuáles son o han sido para nosotrxs, las formas posibles de (de)generar conocimientos tortilleros, y los espacios/encuentros en los que estos se gestan y cultivan. En el instante en el que nos abismamos a la reflexión sobre nuestras existencias lésbicas, vislumbramos las interacciones con otrxs lesbianas como hitos en una genealogía que hoy podemos contar. Son fosforescencias, imposibles de pasar por alto. Por esto nos atrevemos a nombrarlas a priori como instancias productoras de saberes, e invitaciones a la construcción habitable y celebrable de nuestra(s) identidad(es) lesbiana(s).

Sobremontamos relatos: capas sobre texturas, tejidos sobre pliegues. Nos contamos nuestras historias, descubrimos los puntos de contacto, los recorridos comunes, las referencias afectivas, políticas,

históricas, que nos conmueven y nos convocan. Damos cuenta, en nuestras narraciones superpuestas, de los espacios lesbianos, que no son algo que hayamos podido dar por sentado en nuestras existencias en este territorio. Hemos tenido que poner el cuerpo para que estos espacios existan. El encuentro, los espacios donde este se hace posible, donde celebramos, donde conversamos con otras identidades lesbianas, son esas fosforescencias que nos permiten trazar/narrar nuestra genealogía, nuestra historia, nuestra existencia.

Hablan cuerpos andinos, desde un territorio del entre-oasis donde se tocan cordillera- ciudad-pueblo-monte-humedal. Desde aquí nombramos a nuestros espacios de encuentro como los lugares donde se produce conocimiento. Un conocimiento situado y particular, no necesariamente disponible de manera evidente o con la visibilidad de las capitales. Desde acá conversamos sobre la importancia del encuentro, desplegando un trazado genealógico-territorial-paisajístico, un mapeo somático-político-afectivo.

En estos trazos salteados, fallados, leemos un desafío, pero también, una potencia. Hay una no continuidad mecánica que de alguna manera parece tener un correlato con las fallas geológicas de nuestro territorio. En este sentido, los gestos de composición y de activación de nuevos espacios hoy, se configuran como una revitalización que posibilita una actualización de modos, discursos, estrategias y espacios. Un trazado que, lejos de ser lineal en el tiempo y en el espacio, se construye a sí mismo de manera fallida, sinuosa, con capa sobre capa de memoria somática.

Es aquí, justamente en este accidente geográfico-afectivo, que tomamos la idea de lo cordillerano en términos de falla. En clave de fractura. Las fallas geológicas son fracturas que ocurren en la corteza de la tierra, a lo largo de las cuales se produce un desplazamiento apreciable. Es decir, un corrimiento que es visible, que se puede notar en la textura. Aunque generalmente a una falla geológica se la representa como un plano único, es en verdad un conjunto de fracturas que afecta a las rocas o suelos, y que por esto, en conjunto, puede tener varios kilómetros de largo y de ancho e incluso interconectarse, en un entramado de capas, con otras superficies falladas.

La fractura permite ver la genealogía, cuando se abre la tierra observamos las capas de sedimentación. Desde hace diez años, hemos visto circular a los cuerpos tortilleros por caminos asociados al socorrismo y a otros movimientos, como las asambleas por el agua y la protección-cuidado de los territorios. Un hito en este andar es el mendoaguazo de diciembre de 2019, cuando el dispositivo represivo estatal en connivencia con las corporaciones tiraron la ley 7722, escrita por las asambleas que frena la irrupción de la megaminería, la apropiación del agua y la depredación de nuestras energías vitales. En este contexto caluroso, atravesando otro verano de crisis hídrica y neoliberal, la marea subió a cielo abierto, en calles y rutas se desplegaron estrategias condensadas por los feminismos y los ecologismos, en su cotidiana defensa de lo común. Trolos y tortilleras asistimos en cuerpo presente cómo el generar parientes, el devenir-con simbiogenético (Haraway, 2019), tan propio e íntimo de nuestras existencias maricas, hizo río en el parientazo que inauguró el valle de uco sancarlino y amaneció caminando desde los cuatro puntos cardinales para devolvernos la utopía.¹

La hipótesis de desarticulación lésbica por la aparente disolución de los espacios de encuentro y activismos es contrastada con la conceptualización de la fagocitación. Nos preguntamos si desde una práctica que podría pensarse como antropofágica, es tomada la fuerza contraria del contexto adverso para desplegar praxis marica y fagocitar espacios con modos labrados desde nuestro estar siendo ahí. Identificamos durante ese período, marea verde-pandemia-post pandemia, varias estrategias de articulación transfeministas asamblearias para apañar situaciones de vulnerabilidad que se agudizaron con la emergencia sociosanitaria y el recrudescimiento neoliberal del presente.

Desde estas arenas, somos lesbianaxs que estamos desplegadxs en pircas² por todo el paisaje pero ralean los espacios de encuentro

1 Recomendamos el documental “La historia del agua de Mendoza” (2023). Disponible en: [historiadelaaguademendoza](#) | Instagram, Facebook | Linktree

2 La noción de pirca proviene del quechua (“hablar del valle”) y significa “pared de piedras”. Son marcas de territorio deliberadas para poner atención al andar y sus límites. También, pueden señalar la apertura de bocas en la pachamama.

propios, con la complejidad que despliega lo propio, desde hace unos meses pica la urgencia de la celebración y el encuentro, de recuperar aquel ludismo propio de lo fugitivo en conversación.

¿Y si nuestro trazo fallado fuera nuestra potencia?

Nuestro imaginario forjado en el desierto nos presenta, sorpresivamente, a la oscuridad como una manera para poder mirar mejor a veces. Pensamos cómo nos movemos en el territorio árido durante un mediodía caliente de sol abrumador, traemos imágenes de lo subterráneo, los túneles, las napas freáticas, líquidos internos, las sombras que van por debajo. Mirando con ojos extranjeros, suele pensarse que no hay vida en este paisaje que narramos. Ecosistemas de vida homeostática, en constante movimiento y colaboración, política microbiana del bajo opaco acontecer.

Las memorias desviadas incomodan la pretendida quietud del pasado porque tensionan las expectativas en torno a múltiples aspectos de la racialización y patriarcalización. Nuestras memorias, bordadas en telas baratas, a menudo cuentan historias de faltas, roturas y fracasos, cuentos que distan de la narrativa mítica y todopoderosa del héroe. En vez de una serie de acontecimientos ordenados desde la lógica del progreso y la resolución de conflictos, encontramos discontinuidades, pérdidas, ausencias, muerte, fracasos e incertidumbres que insisten en una especie de relato sutil e indomable.

Nos paramos al borde de la falla y miramos hacia adentro. Hay algo que sucede en el entre abismos, en el entre cuerpos, que no es individualizable y que posibilita una enunciación somática que escapa a la palabra. En el entre encontramos el acceso a esos saberes que no hemos hallado con facilidad. También allí hemos encontrado esa referencia afectiva escurridiza o inexistente. El entre en el que nos encontramos es la manera que tenemos de hacer circular la información que es importante para nosotrxx.

Entonces, ¿dónde es *acá*? Nuestro paisaje no solo es un lugar que se mira, sino que es un cómo se mira. Es un cómo se huele, cómo se saborea, cómo se vuelve singular en las formas de producción tortillera, de producción de saberes localizados. Es un cómo que requiere otro ordenamiento de la percepción para poder ser vislumbrado.

Incluso es, para nosotrxs, una opacidad que toma cierta distancia de las opacidades ya descritas y cristalizadas, en nombre de lo marica, de lo gay, de lo lesbiano, de la noche en megacentros urbanos.

Cuando recorremos nuestra historia activista-visible y notamos el borramiento, las desarticulaciones, las fallas geológico-político-afectivas, la imagen de la invisibilización de los cuerpos lesbianos dentro de los mecanismos de masificación de ciertos reclamos políticos históricos, es lo primero que aparece. No podemos dejar de notar que son muchos (muchísimos) cuerpos lesbianos los que han sostenido luchas como la legalización del aborto, y que hay algo que, a priori, pareciera perderse en la masividad. Algo que, podríamos decir, se *invisibiliza*. Pensamos la visibilidad en términos tácticos y estratégicos, no solamente en términos de invisibilización, sino más bien en términos de complejización.

Conspiramos alrededor de la imagen de un cuerpo múltiple que fagocita a otro cuerpo múltiple. Fagocitar es la posibilidad de absorción y fusión a través de prácticas colaborativas que constituyen simbioses para crear nuevas formas de vida. Este mecanismo no trae aparejada la desaparición de lo previo. Lo previamente existente no es *invisible*, está integrado. Dista de la noción de asimilacionismo o aculturación, en el sentido que lo analiza Rodolfo Kusch (2007) para las culturas andinas. Desde el punto de vista indígena, la fagocitación es un proceso natural que remite a la posibilidad de mutación. La gran historia del estar engulle a la pequeña historia del ser: el ser es transitorio y circunstancial frente a un estar ahí, que es permanente y estático, no en el sentido de ausencia de movimiento sino en el sentido de estar haciendo refugio para la contemplación del acaecer del mundo.

Desde este estar aquí, nos preguntamos dónde se producen nuestros imaginarios tortilleros, que gestan procesos y enlaces para la construcción de conocimientos. Navegamos desde la idea de celebración, con su genealogía wittigiana y su manera particular de inscribirse en un cuerpo lesbiano, hasta llegar directamente a hablar del “yire” de las maricas, como praxis vinculada al disfrute y a la gestión del propio deseo. En comparación, notamos que el “yire” para nosotrxs, es un yire colectivo a modo espacio celebratorio. También notamos, no sin cierta resistencia y cuestionamiento, que aparece

un vínculo muy fuerte con el amor. Sin embargo, dentro de nuestra misma opacidad, trazamos la enunciación de un amor que tiene que ver, no solamente con lo amorio y lo romántico, sino principalmente con la amistad. Aquí toma fuerza esta otra idea de lo colectivo, porque pensamos en esta amistad como quien se acompaña en la vida. Y con la misma intención de recuperar algo viejo que no aprendimos, pero que de alguna manera está ahí, decimos: amiga que es comadre, como quienes se juntan a tejer. Es una amistad compleja también, porque es una amistad que se confunde, que confunde, que molesta, que infecta. Es una amistad que conspira.

Conspirare significa *unirse para hacer planes en contra de una autoridad* del prefijo *con-* y el verbo *spirare exhalar aire del cuerpo, respirar, dar signo de vida*. Conspiramos para disputar las fronteras de lo posible y esto es un lugar de combate, un lugar guerrillero del deseo, de la estética de los placeres y, también, de las ficciones que lo narran. Esta amistad infecciosa, funciona como simulacro vivo, un espacio donde ensayar los cuerpos del terremoto y la fractura.

Las t0rtulias son nuestro gesto torcido de resistencia, surgen en enero de 2024, como búsqueda de otros cursos posibles a algunas preguntas que nos hemos hecho y nos seguimos haciendo. Son respuesta en tanto reacción a la necesidad de volver a construir espacios de conspiración en un contexto socio-político facista. Un espacio no instituido ni institucionalizado, donde nosotrxs construimos nuestras teorías, que son teorías somáticas, son teorías del cotidiano y de un cotidiano que no tiene que ver esto con solo sobrevivir, sino que tiene que ver con tensionar un porvenir.

Las t0rtulias son un dispositivo, una narrativa, un cuento que se repite, que aparece, que se cuenta a sí mismo y se hace visible con los movimientos telúricos del territorio.

No en vano hablamos de reacción. Usamos la palabra para nombrar el gesto de pasar a la acción, por un contexto que nos convoca a organizarnos, a estar, saber quiénes estamos, estar cerca.

En las t0rtulias investigamos, ponemos a prueba, fallamos, nos avergonzamos, nos animamos al abismo, volvemos praxis una búsqueda corrida de las experiencias anteriores que tenemos como referencia. Nos damos un espacio para darle curso al deseo de romper las lógicas asamblearias, las de taller, las de organización social. Bu-

ceamos en la celebración y en sus potencias, navegamos una historia vieja, más vieja que nosotrxs, para recuperar formas del encuentro y de la construcción de saberes a partir de este encuentro, que no hemos aprendido directamente de quienes nos criaron, pero que sabemos que son posibles, que existieron, que existen, y que se nos presentan como una posibilidad erótica-ética-afectiva-política deseable y encantadora.

¿Cómo se inscribe la celebración como gesto de insurgencia?

Somos un acá infeccioso e infectado, algo en la existencia lesbiana viaja a contrapelo del mundo heterosexual. Vivir una vida de “no mujer” tiene que ver con nuestro linaje tortillero de la fuga. Desde el lesbicidio de Barracas (nombrando, intencionalmente nombrando a Pamela, Roxana, Andrea y Sofia), nos proponemos torcer esto que nos está pasando, que es que en primer plano esta afectación, estamos en peligro, y poder ponerle a la par esta otra afectación que es, somos peligrosxs. El encuentro tiene la intención de recuperar la vitalidad de esa peligrosidad, de recuperar la memoria, la genealogía del lugar de disputa, del lugar guerrillero del deseo.

La celebración disputa los límites de lo posible. Lo que se prende fuego es esa torsión indomesticable. Esta desobediencia es lo peligroso y lo que nos pone en peligro. Esta dimensión de lo salvaje no es asimilable y por tanto no puede capitalizarse. En ese sentido tampoco es evidentemente visible, entonces una teoría tortillera tiene que buscar la manera de narrar la opacidad que escapa a su representación. Imaginamos una praxis oblicua, contradictoria, no cristalizada, que posibilite la conversación con un territorio vivo.

En el orden de lo salvaje, se presenta también el material que hemos generado en las t0rtulias, con quienes asisten al encuentro y hacen cuerpo la celebración. Lo generado en los encuentros tiene textura, es tridimensional, incluso es del orden del acontecimiento imposible de registrar. En la última t0rtulia propusimos una experiencia de mapeo de nuestro paisaje lesbiano-travo-marica. Y el despliegue de experiencias cartográficas empezó a romper las dos dimensiones del plano horizontal y a extender material por toda la

casa. Colectivamente se compuso una complejidad que fue imposible de separar de la casa que la contenía.

Parece que hablamos de nuestras configuraciones de existencia cuando narramos esta experiencia. Lo tridimensional, lo complejo, lo imposible de registrar más allá del acontecimiento, aquello que traspasa la frontera de lo íntimo y se mezcla, se borrona. No en vano hemos insistido en la idea de una casa como espacio donde se gesta este encuentro. La idea de la casa viene a dar cuenta de que es en nuestros espacios de intimidad también donde construimos lo que es importante para nosotrxs en términos políticos. Esta frontera indistinguible entre lo habitual y lo cotidiano de nuestro hogar y lo que se tramó en el encuentro es, fabulamos, lo que te pasa cuando te encontrás con una lesbiana. Tu hogar se vuelve otro.

Sin embargo, poner el cuerpo a disposición del encuentro, no es simplemente una respuesta al avance del fascismo coyuntural. Es también una apuesta que tiene que ver con lo que sostiene nuestras existencias lesbianas, esa tensión de las fronteras, ese deseo de arrebatarle al fascismo la manera que tiene de domesticar, reducir, encasillar, esencializar y cristalizar(nos). Es ese el que nos atrevemos a nombrar como gesto facista. Al nombrarlo de esta manera damos cuenta de un gesto que se cuele en nuestras prácticas. Este problema es est/ético. La ética, en este sentido, es un arte de la composición y es experimental, es empírico, jamás es *a priori*, es *a posteriori*, un ensayo, experimentación en un acá.

Como ese entramado vital del desierto que existe, y que vive, aunque no se vea a simple vista. Nuestro gesto tiene que ver con despertar para después revitalizar. Despertar con la intención de convocar, llamar, aullar. Es la posibilidad de recuperar otra sensibilidad, rozar con la punta de los dedos eso que se escapa y atreverse a una localización como potencia. En nuestro paisaje podemos ver el frío en el horizonte, podemos ver el zonda en la cordillera. Fenómenos opacos que podemos ver aunque no estén directamente asociados con lo visible.

Cuando hablamos de nuestro tejido afectivo (las comadres tejedoras, o tejetortas), y en este trazado sutil del que venimos dando cuenta, se nos dibuja con claridad en medio de la opacidad de los márgenes, como la composición la configuramos en tanto afinidad.

La etimología de la palabra afinidad nos conmueve, nos afecta, y nos hace sentido en relación a la importancia del encuentro: *Afin* viene de la palabra latina *affinis*, que significa *vecino*. Está compuesta por el prefijo *ad*, que significa *cercano*, y *finis*, que significa *fin*. Es decir, *cercano a la frontera*. *Unx vecinx con el cual encontrarse en la frontera*.

Cuando nos preguntamos sobre los modos de validación de nuestras producciones, más que encontrar una respuesta sobre quiénes validan, o sobre aquello que nos hace sentirnos validadxs, ensayamos la afinidad como (contra)propuesta de validación. Elucubramos una afinidad territorial, climática, no identitaria, sino como aproximación a las fronteras. Una afinidad en términos de conversación.

Nos *convocamos a conversar en la frontera*. La frontera nos encuentra sin resolver el abismo. Hace del abismo el territorio posible del encuentro. Es una paradoja de lo más hermosa, una falla geológica como frontera, que posibilita el encuentro afín desde la diferencia. Un encuentro donde celebrar el amanecer, la puesta de sol y el consentimiento de estar junt*s (Wittig y Zeig, 1981, p. 47). Si por *consentir* fabulamos *con* (junto, todo), y *sentire* (experimentar una sensación que te llega por los sentidos y a la vez el sentimiento, reflexión o acto de decisión que esta decisión conlleva o provoca), podemos aventurar que donde sea que tramemos y revitalicemos nuestros diccionarios, con mayor o menor pericia, más o menos sistemáticamente, producimos una praxis encarnada, preñada de genealogías –a veces perdidas– y de narrativas que van asociando nuestras disputas y luchas a determinados momentos históricos. Somos producción teórica inscrita en un cuerpo, una teoría fronteriza entre la domesticación de nuestras socializaciones y el ejercicio vitalista de conspirar un por/venir.

Nuestra memoria somática revitaliza el gesto por el cual transformamos los mundos posibles, buscamos espacios de acogida donde leer junt*s diversos diccionarios y ponernos de acuerdo acerca de las palabras de las cuales no tenemos deseos de prescindir. Estos son nuestros paisajes donde conversamos el tributo posible de acuerdo a las palabras. Construimos celebraciones donde –con burla y picardía, entre peligrosa seriedad– escribimos nuestra vida con sangre,

como versa el Borrador para un diccionario de las amantes (Wittig y Zeig, 1981).

Referencias

flores, val (2021). *Romper el corazón del mundo*. Madrid: Continta me tienes.

Haraway, Donna (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao: Consonni.

Kusch, Rodolfo (2007). *Rodolfo Kusch: obras completas*. Rosario: Fundación A. Ross.

Wittig, Monique y Zeig, Sande (1981). *Borrador para un diccionario de las amantes*. Barcelona: Lumen.